

Tres días después, estaba en su milpa, también solo, dando instrucciones á su “gañan”—pues hay que decir, que poseía terrenos, y los mandaba sembrar—cuando se avista muy cerca un Escuadrón de Caballería del Gobierno, Salomé comienza á alejarse poco á poco hacia el cerro más próximo. Los soldados emprenden la carrera en su seguimiento, mientras él faldea el cerro, y sigue por la vereda angosta, de una cañada boscosa, por la que solo pueden caminar á caballo, uno tras de otro. Cargan sobre él á todo galope, y comienzan á dispararle una lluvia de balas; llegan los soldados á la vereda angosta, y se arremolinan y se detienen los caballos enredados entre los espinos y los bejucales; pero siguen á escape de uno en uno al alcance de Salomé.

Este se detiene, dispara sobre el primero quien cae del caballo, interceptando la vereda. Saltan sobre él los que vienen detrás, y repite el disparo Salomé, callendo muerto otro soldado. Más adelante caen otros dos más, y llegan por fin los perseguidores á un amplio cruzamiento de veredas que se internan en el bosque, sin saber por cual deben seguir á Salomé. Se regresan de allí, recogiendo á sus muertos ó heridos, pues ha fracasado otra vez el centésimo intento de acabar con el famoso Jefe de los plateados.

Estos dos casos, que acabamos de relatar, fueron aquellos en que se dijo que Salomé había muerto cuando D. Rafael Sánchez entrevisitaba al Jefe Militar de Cuautla, y preparaba en su pueblo la organización respectiva para la persecución de los bandidos, y defensa de la población.

CAPITULO IX.

Un pueblo pequeño, que es grande y fuerte defendiéndose.

El pueblo de Mapaxtlán, hoy Villa de Ayala, era entonces un pequeño poblado, en el que apenas podían contarse unos trescientos hombres útiles para el servicio de las armas.

Al día siguiente de la llegada de D. Rafael Sánchez y los pocos que lo acompañaban al pueblo convocó á una junta general á todos los vecinos sin excepción, para que reunidos todos, en la plaza, deliberaran y acordaran la manera como debían organizar y hacer la defensa de sus vidas y propiedades, amagadas constantemente por los plateados.

Todos concurrieron con gusto al llamado de su querido paisano y antiguo Jefe. Les arengó exponiéndoles la peligrosa situación en que vivían todos los del pueblo con las rapiñas y ferocidades de los bandidos, y convenciéndolos, sobre lo fuerte que es un pueblo unido, cuando defiende sus derechos más santos: la propiedad y la familia. Les habló también Efrén Ortiz, y con aquel carácter fogoso de su temperamento les dijo: “Muchachos, hemos retado á muerte á todos los plateados, principalmente á Salomé; si somos cobardes, vendrán á degollarnos, y á llevarse á nuestras muchachas. Probemos á esos hombres que los de Mapaxtlán somos tan valientes como ellos, y si vienen aquí recibámoslos á balazos, y luchemos, mientras quede vivo uno de nosotros.”

Sí... sí... los batiremos, contestaron todos aquellos hombres reunidos.

Se procedió entonces á dividir la población en cinco manzanas ó cuarteles, correspondiendo cuatro á los puntos cardinales.

nales y una al centro. Los vecinos cubrirían respectivamente el rumbo en que vivieran, levantando las trincheras que fueran necesarias en las entradas del pueblo, y los domiciliados en el centro formarían en la plaza la reserva que debía auxiliar á los puntos más seriamente comprometidos en los momentos que fuera atacado el pueblo. La vigilancia de día se haría por turnos en los cerros de la población y en la torre, y al toque de "arrebato" todos los vecinos ocurrirían armados á sus respectivos puestos. De noche se establecerían "rondas" y solo los del centro formarían la Caballería.

Convenidos y conformes con este medio de defensa establecido por D. Rafael, levantaron las trincheras necesarias, y desde luego quedó en vigor el servicio de todos los vecinos, altamente entusiasmados é impacientes por batirse con los Plateados.

No se limita D. Rafael Sánchez á esperar tranquilo que vayan al pueblo los bandidos. Ha ofrecido al Jefe Militar de Cuautla, perseguirlos, y se lanza con sus sesenta antiguos compañeros á excursiones diarias por los lugares que mero-dean, según noticias de los correos ó espías que manda por todas partes.

Se pone de acuerdo con los anteriores Jefes perseguidores: Martín Sánchez (a) "Chagollán," Aniceto López y Arcadio Enciso, para combinar asaltos y batidas á los bandidos, en un radio que se señalan; pero sin abandonar á su pueblo, regresa siempre por la noche.

Silvestre Rojas se atreve á atacar á Mapaxtlán con cerca de trescientos bandidos, pero es rechazado con grandes pérdidas de hombres y huyen dispersos y acosados por los vecinos del pueblo que salen á perseguirlos hasta muy lejos del poblado.

En las excursiones que hace D. Rafael Sánchez, ha tenido tres encuentros con Salomé Placencia y los suyos, y en las tres veces los ha derrotado, haciéndoles numerosos muertos, entre ellos José María Rojas, hermano de Salomé, Antonio Michaca, y otros varios cabecillas.

Comprendió Placencia, que era preciso para seguridad de todos ellos, acabar con Rafael Sánchez, único hombre, que, por su astucia y arrojo, era una constante amenaza de sus vidas. Todos los demás perseguidores, sin ese Jefe, —decía Salomé— que sólo servían para divertirlo.

Así pues, dispuso Salomé dar un asalto decisivo al pueblo de Mapaxtlán, comenzando por asesinar á Sánchez en su misma casa. La desconfianza y el temor que á éste tenía, le hizo olvidar aquella hidalguía que le era habitual en sus luchas personales, y se resolvió llevar á efecto un cobarde asesinato.

Reunió más de quinientos hombres, y se acercaron al pueblo "al paso de lobo," en una noche oscura y lluviosa, poniéndole sitio. El y cuarenta de los suyos dejaron sus caballos por el lado de Anenecuilco, al cuidado de otros, y á pié, descalzos, y con solo sus mosquetes, se metieron en el río que atraviesa al pueblo, siguieron corriente abajo, y así llegaron á las huertas, á espaldas de la casa de D. Rafael Sánchez. Se detuvieron un instante á escuchar, y como no observaran ruido alguno, que infundiese alarma se dirige aquel numeroso grupo á la puerta de la casa de D. Rafael y llaman violentamente con fuertes golpes.

Serían apenas las ocho de la noche; D. Rafael acababa de cenar, y se disponía á salir á recorrer la vigilancia de las trincheras del pueblo, para lo cual tiene su caballo ensillado en un oscuro rincón de la caballeriza.

Llámale la atención el modo con que han llamado á su

puerta, pues aun para estos casos ha establecido entre los suyos un modo especial, y contraseña. Luego se supone que son los plateados, que han podido entrar por el río, á pié, y que viene con ellos Solomé Placencia, único quien puede atreverse á tanto.

Apaga la luz, que ilumina la casa interiormente, para acostumbrar á sus ojos á ver en la sombra, y con sus pistolas al cinto y el machete en la mano, se dispone á saltar por una pequeña ventana de la casa, que da á la huerta, por el lado opuesto de la puerta. En ese momento llaman más bruscamente, y se oye ese ruido seco que producen al prepararse las armas de gran calibre. Vacila un instante, pero salta por fin, fuera de la ventana, y quedan dentro arrodillados, rezando, y asustados, sus pequeños hijos, su esposa y la madre.

Aquel hombre pudo haber huído entre la densa oscuridad de los árboles de la huerta; pero la mayor parte de los hombres de aquellos tiempos, y con especialidad los de Mapaxtlán, no conocían el miedo, y se complacían con jugar con el peligro.

Don Rafael Sánchez dió vuelta á la casa, buscándolos, y su grito de "*aquí estoy bandidos!*" los hizo estremecer de espanto, pues era creencia general entre los plateados, que D. Rafael Sánchez tenía "*pacto con el diablo*" y su aparición repentina fuera de la casa, que ninguno de aquellos conocía, los hizo temblar. Don Rafael dispara una de sus pistolas, y rueda un hombre por el suelo. Todos le disparan simultáneamente sus mosquetes sin tocarle una bala, y él acomete sobre ellos con la velocidad del relámpago, repartiendo machetazos á diestra y á siniestra á fin de no dejarlos cargar nuevamente sus mosquetes. Son ya varios los heridos, y vacilan en la pelea los asaltantes, en vista de no haberlo to-

cado ninguno de los cuarenta balazos que le han disparado, Salomé grita: "*¿dónde está ese ?*" y con aquel nombre cariñoso, que D. Rafael le daba cuando eran amigos, le contesta: "*Aquí estoy, Choneue!*"

Se arroja Salomé sobre él, pero recibe luego un puntazo en la mano en que sostiene el machete, y otro más en el pecho.

La población se ha alarmado con la descarga hecha sobre D. Rafael; el vigilante nocturno de la torre toca á arrebato, y huyen aquellos fascinerosos dejando un hombre muerto y yendo heridos varios de ellos, incluso Salomé Placencia.

Don Rafael, quien ha salido ileso, monta á caballo, y se lanza á la calle donde ya se encuentra con varios amigos, que se dirijían á su casa. Se oye entonces el fuego nutrido en las trincheras, causado por el asalto que dan los sitiadores con sus caballerías.

Se encarniza el combate por todas partes y en todos los puntos son rechazados los bandidos, quedando muertos muchos de ellos sobre las trincheras. La lucha se prolonga, y manda D. Rafael saltar los parapetos, abrir las trincheras, y cargar rudamente sobre ellos á machetazos. Los plateados huyen dispersos dejando de sus compañeros más de veinte muertos en las trincheras, y muriendo también diez ó doce vecinos del pueblo.

Pocos días después se cantaban unos versos en Maxpatlán, cuyo pié decía "*¡Qué milagro tan patente!*" — "*Hizo mi Padre Jesús*" — "*Que para matar á Sánchez*" — "*Trajeron balas con cruz.*"

Efectivamente, algunos sacaron al siguiente día del asalto á la casa de D. Rafael, varias balas que se habían incrustado en la pared, y en los árboles, y se les encontró á todas una cruz, vaciada en el plomo.

CAPITULO X.

Mueren los temibles jefes
de los Plateados.

Marcos Reza, hombre acomodado del pueblo de Jonacatepec, era el jefe intelectual de todos los bandidos de ese rumbo, llamados "los catrines," encabezados por el famoso Silvestre Rojas. Ejercía el comercio, y esta circunstancia lo ponía en condiciones de estar al corriente de los asuntos mercantiles de los demás; de sus viajes á México; de sus compras y ventas, y de la carga que les venía, que casi siempre era robada en el camino por los bandidos, para comprársela á estos, Marcos Reza, á menos de la mitad de su precio.

Por las influencias que le daban su aparente posición de hombre honrado, llegó á conseguir que se le nombrara Prefecto Político de Jonacatepec, con cuyo cargo pudo dar á los "bandidos" "Catrines," más consideraciones y garantías, que á los hombres honrados, en cambio de recibir constantemente toda clase de mercancías, que aquellos ladrones robaban por distintos rumbos.

Como hemos visto que hacía D. José María Atolaguirre, de Cuautla, con Salomé Placencia, así también lo hacía Marcos Reza con los de Silvestre Rojas; con la circunstancia, de que siendo Reza, Prefecto del Distrito, y quien dirigía muchas veces la manera de hacer los asaltos, era todavía

más nocivo y peligroso para los comerciantes, que el español Atolaguirre.

Se fué descubriendo poco á poco su conducta, manejos y relaciones intimas con los bandidos, á quienes proveía de todo, que llegó á hacerse público su traidor comportamiento con los comerciantes honrados.

Emprendió, por fin, un viaje á México; uno de esos viajes en que necesitaba ir personalmente para la compra de armas y municiones, para sus compañeros los bandidos.

Al pasar por el pueblo de Yecapixtla se encontró con D. Mantín Sánchez, (a) Ohagollán, quien sin tener en cuenta su carácter de Prefecto Político de Jonacatepec, ni su posición acomodada, le reprochó su conducta, y lo mandó fusilar inmediatamente.

La muerte de este hombre, "*Presidente Honorario*"—como se diría ahora. del "*Círculos amigos de lo ageno*," capitaneados por Silvestre Rojas, asombró á éstos, y se desconcertaron por completo.

La situación de todos ellos vino á agravarse con la muerte de Salomé Placencia, á consecuencias de una herida que recibió en el pecho en la última persecución que le hizo D. Rafael Sánchez.

Desde el asalto que dieron á Mapaxtlán, é intentaron asesinar á D. Rafael, en su casa, dejaron pasar cerca de un mes sin que se presentaran por ninguna parte, Salomé y los suyos.

Quizá cuidaban á sus heridos, en dicho asalto, lamentaban á sus muertos, y descansaban un poco de sus fatigas.

Volvieron, por fin un día, al pueblo de Anenecuilco, muy próximo á Mapaxtlán, á robarse caballos.

Avisáronle á D. Rafael Sánchez, y ocurrió desde luego

con sus sesenta veteranos á darles el ataque. Eran muy pocos los hombres que robabandichos cabal los, y no venía entre ellos Salomé Placencia. Huyeron al ver la tropa de D. Rafael; pero ésta los persigue tenazmente, siguiéndolos por la empinada vereda que atraviesa el cerro de Anenecuilco. Muchos de los hombres de D. Rafael se van quedando atrás poco á poco, en la pedregosa subida de dicho cerro, y sólo unos cuantos, que montan mejores caballos, forman la vanguardia que persigue de cerca á los ladrones. Llegan al rancho de Huajoyuca donde los que huyen se incorporan con Salomé, quien está allí con unos diez ó quince de los suyos, y como ven que los perseguidores son ya un reducido número de siete, precisamente los principales de D. Rafael, resuelve Salomé acabar con todos ellos; les dispara unos cuantos balazos, y haciendo una falsa huída, los va llamando bruscamente con ese grito agudo y prolongado que tienen los vaqueros del rumbo, para llamar al ganado á comer sal: "chito . . . chito . . . chito" á fin de herirles su amor propio y los siguieran más de prisa.

Así fué, en efecto, aquellos siete valientes de D. Rafael Sánchez cargan furiosamente tras ellos hasta llegar al rancho de San Felipe donde los bandidos ganan una "tranca" y se hacen fuertes, disparando una lluvia de balas. Se empeña el combate y los de Sánchez que comprenden el grave peligro que tienen si aquellos hombres les cargan un ataque "al machete" procuran hacer blanco en el temible Salomé. Logran herirlo en un brazo y ordena el ataque á machetazos sobre aquellos pocos atrevidos que tanto se habían adelantado á batirlos, pero en ese momento recibe un segundo balazo en el pecho—pues lo cazan—á la vez que vienen ya acercándose los demás hombres de D. Rafael, á toda carrera. Salomé al sentir el segundo balazo, se dobla

sobre el caballo abrazándose al cuello, y emprende veloz fuga seguido de sus compañeros.

Aquellos siete arrojados campeones, quedaron allí inmóviles, admirados de haber escapado de una muerte segura. Cuando llegó D. Rafael Sánchez, con todos los demás, felicitó calurosamente á sus amigos, diciéndoles: "muy bien muchachos, muy bien, el león va herido y quizá no escape! ¡Se salvaron Uds.!

Todos se regresaron de aquel rancho llevándose el cadáver de Mateo Cáceres, que había sucumbido de los siete, en aquella lucha desigual y que no eran otros que Atanacio Sánchez, Efrén Ortiz, Guillermo Gutiérrez, Cristino Zapata y la persona superviviente que nos ha proporcionado los datos de los sucesos de que trata este libro.

Tres semanas después murió Salomé Placencia á consecuencia de la herida en el pecho; en su Cuartel General en el cerro de "El Cerrado." Se dijo que ya estaba de alivio, cuando la bella Homobona quiso ir á prodigarle sus cuidados causándole la muerte con sus ternuras, pues se decía también que comenzaba á serle infiel.

Con la muerte de este terrible y temerario jefe principal de todos los plateados se fué acabando rápidamente aquella plaga de hombres famosos que asoló al Estado de Morelos, y cuyos hechos heroicos, en su mismo bandalismo, hemos consignado en estas páginas.

Silvestre Rojas fué entregado por su amasia en un rancho situado en el cerro de "La Vaquería" y fusilado por Aniceto López.

Los que no murieron, se dispersaron en pequeñas partidas; saliendo algunas fuera del Estado, hasta ser extinguidas por completo.

Estos fueron "Los Plateados." ¿Cómo son los llamados "Zapatistas"? ¿Qué diferencia existe entre los bandidos de hace cincuenta años, y los bandidos actuales? ¿Porqué esa diferencia? ¿Porqué un Gobierno fuerte no puede acabar con tal situación?

Estas preguntas nos sugieren algunas consideraciones, que, para terminar esta obrita, consignamos en nuestro último Capítulo, como el epílogo del vandalismo en el Estado de Morelos.

Todos se referían de aquel rancho levantado el cerro de Mateo Cáceres, que había sucumbido de los setenta y siete en aquella lucha desigual y que no eran otros que Atanacio Sánchez, Efraim Ortiz, Guillermo Gutiérrez, Cristóbal Zapata y la persona superviviente que nos ha proporcionado los datos de los sucesos de que trata este libro.

Tres semanas después murió Salomé Placencia á consecuencia de la herida en el pecho, en su Hospital General en el cerro de "El C." Se dijo que ella había de morir cuando la bella...

dos causándole... también que comenzaba á serle infiel.

Con la muerte de este terrible y temerario jefe principal de todos los plateados se fue acabando rápidamente aquella plaga de hombres fanáticos que asoló al Estado de Morelos, y cuyos hechos heroicos, en su tiempo vandalismo, hemos consignado en estas páginas.

Silvestre Rojas fué entregado por su esposa en un tancho situado en el cerro de "La Vaguera" y fusilado por Aniceto López.

Los que no murieron, se dispersaron en pedruzcos por las salidas algunas fueras del Estado, hasta ser extinguidas.

DICIEMBRE 31 DE 1911.

Los plateados tuvieron un pretexto; la costumbre de la guerra; costumbre de charros bien montados y costumbre de no trabajar como todo soldado sin cultura. Hemos visto en sus principales hechos de bandidos.

CAPITULO XI.

¡Cincuenta años después!

Han pasado cincuenta años desde los acontecimientos que dejamos narrados en los capítulos precedentes. Se ha extinguido, casi la generación que viera los hechos sangrientos de aquella época nefasta para México, en que bajo el nombre de "mochos," y "liberales," "imperialistas" y "republicanos" tuvieron nuestros campos de púrpura, al encontrado choque de la confusión de "principios."

Tantos años de guerras fratricidas! en que los niños se dormían al estruendo de los cañones y al choque de los sables, con que se despedazaban "azules" y "rojos," que debieron amamantarse hombres sin miedo, sin más educación que la guerra, y sin otra manera de vivir, que los latrocinios revolucionarios. ¡Era lógica la profesión de aquellos hijos de las campañas y de las revueltas! Y cuando el Gobierno del Gran Juárez ha creído definitivo su triunfo en 1861, y manda á los escuadrones de voluntarios que vayan á vivir del rudo trabajo de los hombres honrados, se revelan en el Estado de Morelos los hijos de las campañas y de las revueltas, y hacen la guerra á los hombres ricos para saciar sus ambiciones, y halagar sus vanidades de charros cubiertos de plata.